



Â Â Â Â Â Arjuna se encuentra totalmente confundido y le pide a Ká'á'Éá'ṭa que le resuelva sus dudas, que le dÃ© instrucciones. Ká'á'Éá'ṭa acepta y se convierte en ese momento en el guru de Arjuna, quien tardarÃ¡ dieciocho capÃ­tulos en entender finalmente cuÃ¡l es el sentido de la acciÃ³n correcta, del dharma, y en aceptar ir al combate. Ahora bien, Ká'á'Éá'ṭa no es un primo cualquiera, y Arjuna se va dando cuenta de ello en el curso de la instruccÃ³n que recibe de Ã©l. SegÃºn el MahÃ•bhÃ•rata y los PuraÃ¡'ṭa, Ká'á'Éá'ṭa es un avatÃ•ra o encarnaciÃ³n divina de VÃ¡'Éá'ṭu, el dios protector del universo.

Â Â Â Â Â Al comienzo de su instruccÃ³n, Ká'á'Éá'ṭa le explica a Arjuna que diversos caminos del yoga, como el de la acciÃ³n correcta, el del conocimiento, el de la meditaciÃ³n y el de la devociÃ³n, conducen al mismo fin, que es liberarse de la ignorancia y el sufrimiento para unirse a la divinidad. Ká'á'Éá'ṭa habla despuÃ©s de su propio ser, y comienza a decir cosas raras que desconciertan a Arjuna. Declara ser la raÃ­z del mÃ¡s antiguo linaje de sabios, siendo que es muy joven, y dice despuÃ©s: Â«Has de saber que todos los seres nacen (de mÃ-). Yo soy el origen de este mundo al igual que su disoluciÃ³nÂ» (6).

Â Â Â Â Â Luego, va dando gradualmente una descripciÃ³n de su ser, que abarca desde el plano de la inmanencia, como cuando dice, Â«Yo soy el sabor del agua... la luz de la luna y el solÂ» o Â«Yo soy la fragancia pura de la tierra y el resplandor en el fuegoÂ», hasta el plano de la trascendencia: Â«Los hombres sin entendimiento me consideran a mÃ-, que no estoy manifestado, como si estuviera manifestado, ignorando mi naturaleza mÃ;s alta, inmutable y supremaÂ» (7).

Â Â Â Â Â A medida que Ká'á'Éá'ṭa sigue hablando de su naturaleza divina, Arjuna estÃ¡ mÃ;s azorado cada vez, hasta que dice: Â«En verdad TÃº mismo te conoces a ti mismo, por ti mismo, oh suprema Persona, fuente de los seres, SeÃ±or de las criaturas, Dios de dioses y dueÃ±o del mundoÂ» (8).

Â Â Â Â Â Y cuando le pide que le revele el poder de sus manifestaciones divinas, Ká'á'Éá'ṭa le dice: Â«Yo (oh, Arjuna) soy el ser que habita en el corazÃ³n de todas las criaturas, soy el comienzo, el medio y el fin mismo de los seresÂ» (9). Esto nos hace recordar obviamente el Â«Yo soy el alfa y la omegaÂ» del Apocalipsis de san Juan.

Â Â Â Â Â Al final del capÃ­tulo X de la GÃ«tÃ•, despuÃ©s de extender a toda cosa imaginable la descripciÃ³n de lo que Ã©l es, Ká'á'Éá'ṭa agrega: Â«Yo sustento este universo entero, penetrÃ¡ndolo con una sola fracciÃ³n de mi serÂ» (10), y entonces Arjuna siente un deseo incontenible de ver la forma cÃ³smica de Ká'á'Éá'ṭa, y le pide que se la revele.

Ká'á'Éá'ṭa accede, pero primero tiene que otorgarle una visiÃ³n espiritual que le permita percibirla. Y entonces Arjuna contempla esa revelaciÃ³n de la forma cÃ³smica de Ká'á'Éá'ṭa, y al cabo de un momento, aterrado, se inclina ante Ã©l con las manos juntas y entre otras cosas le dice lo siguiente, que cito in extenso:

En tu cuerpo, oh Dios, veo a todos los dioses y tambiÃ©n a las variadas huestes de seres, a BrahmÃ•, el seÃ±or sentado sobre el trono de loto y a todos los sabios y nÃ•gas celestiales.

Â Â Â Â Â Te contemplo, infinito en forma por todos lados, con innumerables brazos, vientres, caras y ojos, pero no veo tu fin ni tu medio ni tu comienzo, oh SeÃ±or del universo, oh Forma universal.

Â Â Â Â Â Te contemplo con tu corona, mazo y disco, fulgurando por dondequiera como una masa de luz, difÃ­cil de discernir, (deslumbrando) por todas partes con el resplandor del fuego llameante y del sol, incomparable.

TÃº eres el Imperecedero, el ser Supremo que ha de realizarse, TÃº eres el lugar de reposo final del universo; TÃº eres el guardiÃ¡n inmortal de la ley eterna, TÃº eres la Persona primordial, yo lo creo (11). [...]

Â Â Â Â Â Este espacio entre el cielo y la tierra estÃ¡ penetrado sÃ³lo por ti, tambiÃ©n los puntos cardinales; oh Exaltado, cuando se ve esta terrible y maravillosa forma tuya, tiemblan los tres mundos.

Â Â Â Â Â MÃ;s allÃ¡, huestes de dioses entran en ti, y algunos en temor te exaltan con las manos juntas, y grupos de grandes videntes y siddhas gritan Â«SalucionesÂ» y te adoran con himnos de abundantes elogios (12).Â [...]

Al ver tu gran forma, con muchas bocas y ojos, oh TÃº de poderosos brazos, de muchos brazos, muslos y pies, de muchos vientres, terrible con numerosos colmillos, los mundos tiemblan y yo tambiÃ©n.

Â Â Â Â Â Cuando te veo tocando el cielo, ardiendo con muchos matices, con la boca abierta de par en par y grandes ojos fulgurantes, mi alma mÃ;s Ã­ntima tiembla de temor y no encuentra equilibrio ni paz, Â¡oh, VÃ¡'Éá'ṭu!

Â Â Â Â Â Cuando veo tus bocas terribles con sus colmillos, como las devoradoras llamas del tiempo, pierdo el sentido de los rumbos y no encuentro paz. Ten misericordia. Oh, SeÃ±or de los dioses, refugio de los mundos.

Â

Todos aquellos hijos de Dhá'tarÃ•á'Éá'-ra, junto con las huestes de reyes, y tambiÃ©n BhÃ«á'Éma, Droá'ṭa y Kará'ṭa, al igual que los jefes guerreros de nuestro lado tambiÃ©n,

Â Â Â Â Â Van corriendo hacia tus bocas temibles, provistas de tremendos colmillos. Atrapadas entre los dientes, las cabezas de algunos se ven aplastadas hasta pulverizarse.

Â Â Â Â Â Como torrentes de muchos rÃ­os corren hacia el mar, asÃ- estos hÃ©roses del mundo de los hombres se apresuran hacia tus bocas llameantes.

Â Â Â Â Â Como las polillas van ligeras hacia el fuego ardiente para morir allÃ-, asÃ- estos hombres corren veloces hacia tus bocas, hacia su propia destrucciÃ³n.

Â Â Â Â Â Devorando todos los mundos a cada extremo de tus bocas llameantes, los lames. Tus rayos fogosos llenan este universo entero y lo calcinan con su brutal fulgor.

Â Â Â Â Â Dime quiÃ©n eres TÃº, de forma tan terrible. Saluciones a Ti, oh gran Divinidad, ten compasiÃ³n. Deseo concertar a Ti, que eres el Ser primordial, pues no conozco tus obras (13).

Arjuna no puede resistir por mucho tiempo esa visión terrible y termina pidiéndole a ese ser inabarcable que recupere su forma apacible de Viáḥáḥu. Tampoco san Juan puede tolerar su revelación y al principio, al igual que Daniel, se desmaya; en sus historias respectivas, Moisés se cubre el rostro ante la zarza ardiente (14) e Isaías exclama, «Ay de mí!, que soy muerto» (15). Son visiones tan tremendas que resultan amenazantes. Es algo muy distinto del susurro amoroso, que acaso escuchan los místicos. Tanto para Arjuna como para san Juan, su capacidad de concebir a Dios se ve sobrepasada en tal medida, que los dos se aterran. Las sendas visiones están más allá incluso de los conceptos convencionales de vida y muerte. Arjuna le dice a Káḥáḥa: «Eres el Imperecedero, el ser y el no ser y lo que está más allá de eso». Y dejando de lado cuestiones teológicas o doctrinales, quisiera subrayar algunas semejanzas de las dos visiones en cuanto al contenido plástico y poético de sus imágenes. En una estrofa semejante a otra que he citado ya, dice la Gāḥā:

Te contemplo como algo sin principio, medio ni fin, de poder infinito, de brazos innumerables, con el sol y la luna como Tus ojos, con Tu cara como un fuego llameante, cuya irradiación quema este universo (16).

En el Apocalipsis de san Juan, el Todopoderoso dice muchas veces que Él es «el Alpha y la Omega, el principio y el fin». Y el texto describe, rememorando las imágenes de Daniel:

sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al latón fino, ardientes como en un horno; y su voz como ruido de muchas aguas. Y tenía en su diestra siete estrellas y de su boca salía una espada aguda de dos filos (17).

En la Gāḥā, Arjuna dice: «Como las muchas corrientes de los ríos corren hacia el mar, así estos héroes del mundo de los hombres se apresuran hacia tus bocas llameantes» (18). Y en el Apocalipsis: «y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a las gentes» (19).

Para Arjuna, el objeto de su visión es «el guardián inmortal de la ley eterna»; san Juan habla del «tesoro y verdadero, el principio de la creación de Dios».

Dice la Bhagavad Gāḥā:

Más allá, huestes de dioses entran en ti y algunos, en temor, te exaltan con las manos juntas, y grupos numerosos de grandes videntes y de seres perfectos gritan «saluciones», y te adoran con himnos de abundantes elogios (20).

Y el Apocalipsis dice:

Los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono y adoraban al que vive para siempre jamás, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir gloria, honra y virtud... (21)

Y también:

Y oír a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar y todas las cosas que están en ellos, diciendo: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la bendición y la honra y la gloria y el poder para siempre jamás» (22).

Tanto en la tradición hindú como en la tradición judía o cualquier otra, la visión interior es sumamente importante. En la India, se llama darśana, y de esa visión primordial de los antiguos sabios o ḥḥis, se dice que surgen los Vedas y las Upaniḥads, que se consideran libros revelados, así como surgen también los mantras, la poesía y muchas otras cosas. Sucesivas generaciones de yoguis y ascetas la describen como una visión mística percibida desde el propio interior en estados de meditación profunda.

Sin que dicha posibilidad deje de estar presente en la Bhagavad Gāḥā, la visión de Arjuna que se ha descrito aquí parece bastante excepcional, pues le es concedida explícitamente por un dios, desde fuera. En este caso se acerca a las revelaciones del judaísmo, en que los profetas se ven arrebatados por el Espíritu, que les muestra sus visiones y les da órdenes precisas. La revelación es también fundamental en el judaísmo, y la Torah, los cinco primeros libros de la Biblia hebrea (o Tanakh), llamados también Pentateuco, se consideran igualmente libros revelados. Tanto en la tradición védica como en la judaica se piensa que sus escrituras respectivas «o la sabiduría que contienen» son anteriores incluso a la creación.

¿Pero la visión es anterior al lenguaje o al revés? En el Génesis, Dios dice primero «Hágase la luz», y es entonces cuando la luz se manifiesta. En las escrituras hindúes el sonido divino también precede a la aparición de las formas: el náda o vibración primordial, da origen al bindu, el punto luminoso donde se concentra toda la energía potencial que dará origen al universo, kalā, al explotar y expandirse «tal como en la teoría del Big-Bang.

Y si en la visión del comienzo está implícita también la visión del final, como es frecuente en mitos de creación «la semilla de mundos extintos» de la que surge el universo, según un himno del ḥḥg-Veda, será la que vuelva a contener al universo cuando al final de esa era cósmica sea devorado por el fuego vaiḥvāna, pues hay también aquí un fin catastrófico del mundo. Pero un aspecto que hace que cualquier escatología hindú sea mucho menos terrible que la del Apocalipsis, es que ningún fin del mundo es definitivo: el tiempo es circular, de modo que se alternan cíclicamente etapas de creación y destrucción del universo y cada una engendra a la otra, aunque haya intervalos de reposo donde todo queda, o bien, latente como semilla, o bien, manifiesto en las formas del universo.

Así, la visión de Arjuna no es tan radical como la de san Juan. Está realmente presagiando el fin de una era y la

muerte de la mayor parte de los guerreros que participan en la guerra, pero al final hay una restauración de la justicia. La existencia sigue, en la vida o la muerte; está más allá de ellas, tal como dice Krishna desde el comienzo de su enseñanza:

Jamás hubo un tiempo en el que yo no existiera, o tío, o estos señores de los hombres, ni habrá jamás un tiempo en que dejemos de ser (23).

El habitante del cuerpo de cada uno, oh Bhārata [Arjuna], es eterno y no puede ser matado jamás. Por eso no debes lamentarte por ninguna criatura (24).

Hay también una restauración al final del Apocalipsis, donde se restituyen la justicia y el bien y se instaura el Reino de Dios en la tierra.

Independientemente de la diferencia entre estas dos visiones y otras, cuyos ejemplos podrán multiplicarse, sean una revelación externa, transmitida por un ángel, un dios o lo que sea, o interna, originada en las profundidades de la propia psique, es significativa la reiteración de ciertos elementos.

Tanto la Bhagavad Gītā como el Apocalipsis comparten una teofanía en la que el Dios o el ser objeto de la revelación es el comienzo y el fin de todo; es sobrecogedor e irradia fuego o una tremenda luminosidad; tiene una boca o bocas amenazantes, de las que sale, o una espada de dos filos, o el fuego que devora a los guerreros; es un dios que recibe, en una y otra narrativa, las saluciones de los seres celestes o los santos.

En un texto y en el otro hay un extraordinario vigor poético, tanto por el contenido como por el ritmo de las imágenes, que se magnifican dada la gravedad de los contextos respectivos, si bien en la Gītā se habla sólo de una batalla, y en el Apocalipsis del fin del mundo, de la batalla final, el Armagedón. Tienen los dos textos en común un contenido que sobrepasa y desborda los límites de la racionalidad y de lo que el ser humano considera normalmente como factible y natural. Si esas visiones provienen de la imaginación, ésta deberá considerarse como algo muy importante pues tiene la capacidad de engendrar cosas más grandes que el ser humano mismo. Y ya quieran verse desde el punto de vista de la mística o de la poesía, sin duda se conectan con algo muy profundo en cada uno de nosotros.

En su libro *Las grandes tendencias de la mística judía*, Gershom Scholem señaló que los aspectos o sucesos históricos de una religión determinada adquieren un sentido místico que los desliga de sus propias circunstancias concretas para convertirlos en símbolos de un acontecimiento interior, refrendable en cada ser humano. Por ejemplo, el Éxodo no se agotará en la salida de Egipto, sino que, dice: «debe corresponder con algo que ocurre en nosotros mismos, un Éxodo de un Egipto interno en el cual todos somos esclavos».

Cada quien tendrá que indagar qué es lo que detonan en su propio interior esas dos visiones de las que se ha hablado aquí.

La raíz de *eschatos*, (ἐσχάτος, ἔσχατος), «final», se confunde con la de *skatos* (σκᾶτος, ἴσκατος), que significa excremento, y de «escatología» o «escatológico», suele haber una confusión porque en español se usa la misma palabra para los dos conceptos; en griego esto se diferenciaba perfectamente con dos palabras distintas que serían, respectivamente, ἐσχατολογία (eschatologia) y σκατολογία (skatologia).

El término viene de Orígenes, que hablaba de una restauración final del Reino de los Cielos tanto para los justos como para los pecadores, idea que implicó serios problemas doctrinales.

Libro escrito entre los siglos iii y i a.C., es decir, después de la escritura de la Biblia hebrea y antes del Nuevo Testamento. Aunque es citado en algunas epístolas, sólo lo acepta el canon bíblico etíope, en cuyo caso se conoce como Libro etíope de Enoch. 4 Libro de Daniel, 10. 5-6 p. 651 (versión de Casiodoro de Reina y Ciripriano de Valera).

Ésta no puede ser comprobable, pero considero que es un fenómeno de interés aun su posible elaboración intencional.

Bhagavad Gītā, VII.6, p. 215, de la versión de S. Radhakrishnan.

Ibid., VII.24, p. 223.

ibid., X.15, p. 261.

Ibid., X.29, p. 262.

Ibid., X.42, p. 268.

ibid., XI.15-18, p. 274 s.

Ibid., XI.20-21, p. 276.

Ibid., XI.15-31, pp. 277 ss.

---

14 Â Â Ãºxodo, 3.4-6 .

15 Â Â IsaÃ-as, 6.5.

16Â Â Bhagavad GÃ«tÃ•, XI.19, p. 275 s.

17Â Â Apocalipsis, 1.14-16.

18Â Â Bhagavad GÃ«tÃ•, XI.27-28 p. 278.

19 Â Apocalipsis, 19.15.

20Â Â Bhagavad GÃ«tÃ•, XI.21 p. 276.

21Â Â Apocalipsis, 4.10-11.

22 Â Â Ibid., 5.15.

23 Â Bhagavad GÃ«tÃ•, II.12 p. 102 s.

24Â Â Ibid., II.30, p. 111.